

Viernes Santo: El misterio de la cruz

por Herbert McCabe OP

Considero que la mejor manera de comenzar es preguntar por qué Cristo murió crucificado. Que podamos dar algún tipo de respuesta a esta pregunta en términos del significado y el propósito de la vida de Jesús es un presupuesto de la actividad cristiana de 'predicar a Cristo crucificado' dos mil años después del acontecimiento. Para nuestro propósito, por tanto, podemos excluir la idea de que todo fue una tergiversación trágica que nunca debió haber sucedido. 'Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen', dijo Jesús a propósito de quienes lo ejecutaron; pero aun si esto significa que lo tergiversaron, esta tergiversación no fue fortuita. Fue una tergiversación que era en cierto sentido de esperarse. En los evangelios, Jesús es presentado no, por cierto, como alguien que buscara su muerte o la cortejara sino como alguien que la veía inevitable. Y lo que veremos ahora es por qué fue inevitable.

Los especialistas discuten acerca de las circunstancias de la muerte de Jesús, pero hay dos hechos que están al parecer firmemente establecidos: Jesús fue ejecutado por los romanos porque vieron que era una amenaza contra la estabilidad precaria de su colonia; y se sintieron alentados a hacerlo porque Jesús había sido rechazado por los jefes de su propio pueblo. Considero que, a fin de cuentas, la razón por la cual se le rechazó así fue que Jesús reclamó 'hablar con autoridad'; es decir, consideró que la adhesión a su persona era más importante aún que pertenecer al Pueblo de Dios de la manera que era normal conforme a la Ley. No fue, como los exégetas modernos (seducidos durante mucho tiempo por Martín Lutero) solían creer, porque Jesús predicara una doctrina de la gracia de Dios que se oponía a la Ley y al legalismo de la tradición judía; la tradición judía era de por sí una tradición del amor gratuito de Dios y de la alianza pactada libremente con su pueblo, y la vasta mayoría del pueblo judío no era en absoluto legalista en tiempos de Jesús. El problema para Jesús y para los miembros de la Iglesia primitiva fue que ellos, judíos todos, sostenían que creer en ese hombre singular, Jesús – con otras palabras, ser, como decía Pablo, '*en Cristo*' – era no sólo una alternativa a la alianza mosaica, sino el florecimiento real y el cumplimiento de esa alianza. (Por esta razón Pablo estuvo dispuesto a aceptar a los no judíos como 'miembros del cuerpo de Cristo' sin exigirles que se convirtieran en miembros del pueblo de la alianza por medio de la circuncisión; es más, consideró que era una traición contra la Buena Noticia exigir que se convirtieran de esta manera en súbditos de la ley).

Considero que fue por lo que debió haberles parecido un monstruoso egoísmo de Jesús el que los

jefes del pueblo hayan visto en él una amenaza contra la religión y, por supuesto, una amenaza contra su propio poder en el seno de la sociedad religiosa. El pueblo judío esperaba realmente con fervor la Visitación del Señor (que para muchos revestía la forma de una espera mesiánica del Rey-Salvador), pero esta expectativa era perfectamente compatible con una falla en reconocerlo cuando llegara. En el relato de Lucas acerca de Jesús en la sinagoga de Nazaret, después de leer una de las profecías sobre el 'año de gracia del Señor', Jesús dice: 'Hoy se han cumplido estas palabras que acaban de oír'. Es más, al final de su evangelio, Lucas presenta a Jesús con dos de sus discípulos camino de Emaús: 'Y, empezando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las escrituras'. Es un tema central de los evangelios que era posible reconocer a Jesús como el siervo prometido y el mensajero de Dios, pero que no fue reconocido como tal; es más, este hecho de que hubo una división entre quienes lo escucharon, unos que lo reconocieron y otros que no, forma parte de lo que permitía que Jesús fuera reconocible. Ésta es entre otras una de las respuestas a la pregunta: ¿Por qué Cristo murió en la cruz? Murió porque aquellos que detentaban el poder no reconocieron en él al salvador que esperaban y por ello encontraron que era sencillamente un subversivo molesto, lo cual fue más que suficiente para que el poder colonial ordenara crucificarlo. La falla en reconocer a Jesús por lo que él es y quién es él se atribuye a la 'dureza de corazón', y en un momento indicaré que esto se reduce a la renuencia humana generalizada a aceptar lo que es realmente humano cuando nos encontramos con ello.

Pero antes de pasar a esto quiero examinar brevemente otro tipo de respuesta a la pregunta: ¿Por qué Cristo murió? Se trata de responder a esta pregunta: ¿Qué tiene que ver la muerte de Cristo con nosotros? ¿Por qué es tan importante para nosotros? Una respuesta que ha tenido mucha influencia en el pasado es que, por su muerte, Cristo pagó la pena por los pecados del mundo. La idea era, seguramente se recordará, que el pecado había ofendido a Dios y, como Dios es infinito, esta ofensa conlleva una suerte de infinitud. Estaba implícito en el poder de la criatura humana ofender a Dios por desobediencia, pero no estaba en nuestro poder restaurar la equidad de la justicia mediante alguna recompensa que pudiéramos pagar a Dios. Por tanto, Dios Hijo se hizo hombre, de suerte que, por su pasión y muerte, pudiera pagar la deuda del pecado. Parece que esto está basado en una idea de que el castigo es una suerte de pago, un pago en recompensa; el criminal que padece

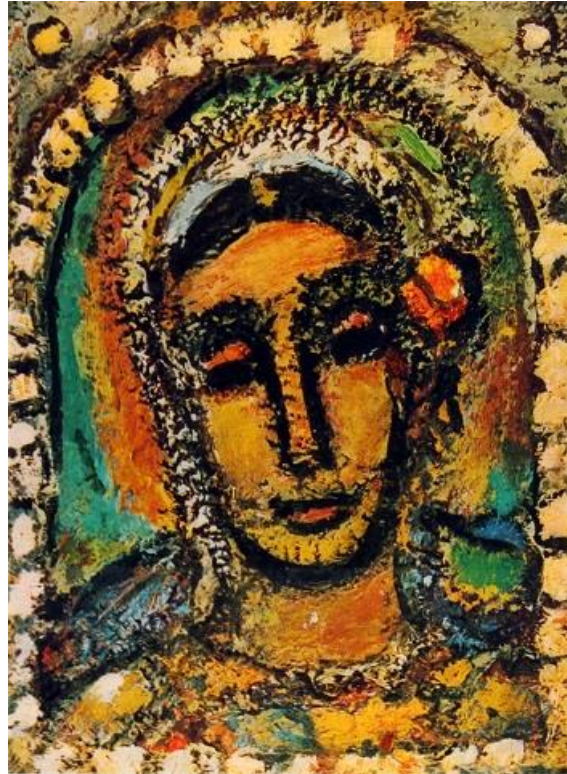
un castigo 'paga su deuda a la sociedad', como suele decirse. Pero se necesita un hombre divino para pagar nuestra deuda a la justicia divina.

Pues bien, no le encuentro ningún sentido literal a esta idea, ya sea que la apliquemos a los criminales o a Cristo. No puedo ver cómo un hombre encarcelado está pagando una deuda a la sociedad o está pagándole qué sé yo qué. Al contrario, resulta bastante costoso tenerlo preso. Puedo ver que tiene sentido en el caso del criminal que es obligado a restituir a quien ha dañado, cuando eso es posible; pero esto no es lo mismo que un castigo. Puedo ver que lo tiene en el caso del castigo como algo doloroso que la gente querrá evitar y que eso (esperemos razonablemente que así sea) la alentará a no cometer crímenes; pero esto no es pagar una deuda. Es imposible ver a Cristo en la cruz empeñado literalmente ya sea en restituir algo o sirviendo de advertencia a otros. Si Dios no habrá de perdonarnos mientras su hijo no haya sido torturado hasta morir por nosotros, entonces Dios es aún menos compasivo, mucho menos que nosotros que lo somos de vez en cuando. Si una sociedad siente de algún modo que es recompensada por sus pérdidas mediante la satisfacción de contemplar los sufrimientos de un criminal, entonces esa sociedad resulta ser vengativa de una manera completamente infantil. Y si Dios recibe una satisfacción y es recompensado por el pecado mediante el sufrimiento de la humanidad en Cristo, debe ser un Dios aún más infantil.

Como dice santo Tomás, *satisfactio* significa realmente restitución o 'pago por daños'. Es verdad ciertamente que nosotros no podríamos darnos el lujo de pagar por daños a Dios, pero también es verdad que este pago no sería necesario, porque Dios a todas luces no puede ser dañado por mi pecado. Si vamos a hablar de 'satisfacción por el pecado', debemos tener claro que estamos usando una metáfora muy remota. El propio santo Tomás, si bien admite esta metáfora, tiene una visión muy diferente del sentido y el propósito de la pasión y muerte de Cristo, y este es el punto que trataré de explicar: fue la expresión suprema del amor de Cristo por el Padre y de su obediencia a la misión que el Padre le había confiado.

Ha habido toda clase de variantes de la teoría de la 'satisfacción' en la historia del pensamiento cristiano. Hay quienes han sostenido que Cristo padeció como un representante de la raza humana; otros pensaron, de una manera más extraña aún, que padeció *en forma vicaria* por el resto de la raza humana; y otros en verdad estafalarios sostuvieron que la pasión de Cristo fue un rescate debido en justicia al demonio por la liberación de los pecadores que se habían vendido a él – esta idea aparece aún en ciertas partes de la liturgia de la Semana Santa. Ninguna teoría y ninguna metáfora pueden agotar el misterio de la cruz, y por lo mismo aun las teorías y modelos

más raros pueden arrojar cierta luz sobre él, con tal de no tomarlos en sentido demasiado literal. Lo que ahora presento es sólo una manera de ver la significación de la cruz; no con la idea de explicarlo todo, sino sólo como un relato posible, que considero mejor que los que acabo de mencionar.



En primer lugar, me parece que Jesús obviamente no quiso morir en la cruz. No estaba loco, no era un masoquista, y se nos dice, por supuesto, que suplicó a su Padre que lo librara de esta muerte horrible. Marcos, Mateo y Lucas lo presentan aterrizado y abatido en el huerto de Getsemaní. (En Juan, por el contrario, Jesús tiene absoluto dominio de la situación; pero en los Sinópticos es claramente presa del pavor). Jesús logró pasar a través de este terror a una suerte de serenidad al aceptar la voluntad de su Padre, pero fue también muy explícito en decir que no era *su* voluntad – 'no se haga lo que yo quiero sino lo que tú quieres'. *Quiso* ciertamente aceptar la voluntad de su Padre aun cuando ello significara la cruz, pero también con toda certeza no quiso la cruz por sí misma.

Bien, entonces, ¿habrá querido el Padre que Jesús fuese crucificado? Y, si es así, ¿por qué? La respuesta, tal como lo veo, también es: no. La misión que recibió Jesús del Padre no fue la misión de ser crucificado; lo que el Padre deseaba es que Jesús fuese humano. Cualquier pareja con una pizca de inteligencia que pretende formar una familia sabe que sus hijos tendrán una vida de sufrimientos y desengaños, tal vez hasta trágica, pero esto no es lo que desearía para ellos; lo que quiere es que vivan en plenitud, que

sean humanos. Y esto es lo que Jesús ve como un *mandato* que el Padre de los cielos le encomienda; la obediencia de Jesús a su Padre consiste en ser cabal, completamente humano. Ésta es su obediencia, una expresión de su amor por el Padre; el hecho de que ser en verdad humano signifique ser crucificado no es algo que el Padre hubiese dispuesto directamente, sino lo que nosotros hemos maquinado. Hemos hecho un mundo en el cual no hay manera alguna de ser en verdad humano sin que ello implique sufrimiento.

Jesús aceptó la cruz en el amor y la obediencia, y su obediencia fue acatar el mandato de ser humano. Veamos cómo explicar lo que quiero decir. Tal como lo veo, no fue Adán sino Jesús el primer ser humano, el primer miembro de la raza humana en quien la humanidad llegó a su plenitud, el primer ser humano para quien vivir fue sencillamente amar – porque para esto son los seres humanos. La meta de la vida humana es vivir en amistad – una amistad entre nosotros que de hecho depende de una amistad, o una alianza, que Dios ha establecido entre nosotros y él.

Cuando nos encontramos con Jesús, comoquiera que nos encontremos con él, toca en nosotros una fibra sensible; sintonizamos con él porque nos muestra la humanidad que yace escondida muy hondo en nosotros – la humanidad que nos provoca temor. Jesús es el ser humano que nosotros no nos atrevemos a ser. Jesús asume los riesgos del amor que nosotros reconocemos como riesgos y por eso la mayoría de las veces los rehuimos.

Supongo que esto se debe a que los seres humanos no hemos llegado asumir la extraordinaria revolución que nos ha traído a la existencia: el cambio radical de ser animales que simplemente forman parte de la naturaleza, parte del gran sistema impersonal de las cosas, a ser la clase de animal que, por usar el lenguaje, por ser capaz de expresar el mundo y de expresarse a sí mismo de manera simbólica, se sitúa de algún modo en oposición a la naturaleza, aun en oposición a su propia naturaleza. Nosotros somos la clase de animal que, en uno de los relatos del Génesis, impone nombre a todos los animales del mundo.

El primer animal que es capaz de amor personal y que vive en una sociedad lingüística y cultural resiente también una necesidad enorme de este amor que él tiene que establecer. El animal humano ha dejado atrás las estructuras, sólidamente ancladas y genéticamente integradas, de la vida social animal de índole prelingüística; necesita ahora comenzar a desarrollar las suyas. Estas estructuras sociales de nuevo cuño son frágiles no sólo porque ya no están integradas en los genes en forma segura, sino también por el poder acrecentado enormemente, y un poder destructor, que viene con ellas. La organización social humana nos proporciona destrezas y poderes enormemente acrecentados para cazar y matar y, cuando

ésta se resquebraja, la capacidad de matar se revierte sobre la propia sociedad y se transforma en asesinato. El primogénito de los primeros padres que rechazó la amistad de Dios es Caín.

Pero los mismos desarrollos que hicieron del animal humano el primer asesino hicieron también de él el primero en amar. Esa paradoja ha sido explorada en poemas, mitos y teologías desde los albores de la cultura humana, y algunos de estos mitos se abrieron paso en la Biblia cuando explora el misterio de la naturaleza humana, las contradicciones de nuestra vida, la manera en que nuestras aspiraciones de amar y ser amados parecen trocarse en maldad e inhumanidad.

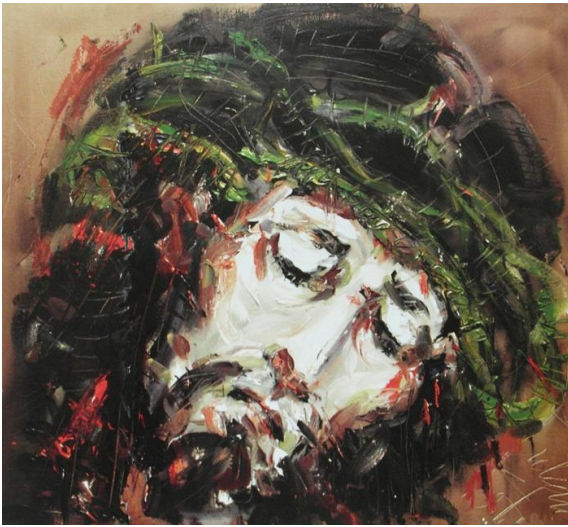
Por esta razón, estamos atemorizados y nos resignamos a ser menos que humanos. Reconocemos que nuestra naturaleza más profunda nos llama a algo nuevo y aterrador; nos llama a la comunicación, que significa darse uno mismo, abandonarse uno mismo, quedar a merced de los demás. Reconocemos, así sea oscuramente, que somos de la clase de ser que encuentra su plenitud, su felicidad y su florecimiento únicamente al darse, yendo más allá de sí. Necesitamos perder nuestro yo en el amor; esto es lo que nos atemoriza. Hay en nosotros una intimación, que nos nace desde dentro, a la aventura en lo desconocido, a abandonar lo que nos es familiar y nos da seguridad, y a lanzarnos a una exploración o una búsqueda. Esto habrá de significar perder la personalidad que considerábamos totalmente integrada, significa ser transformado de maneras que no podríamos predecir de antemano; todo ello en obediencia a una intimación que no comprendemos y no podemos controlar.

Hay, naturalmente, gozo y admiración en ello, en la medida en que el mundo se renueva y nos maravilla y aparecen en nosotros posibilidades insospechadas de toda suerte; pero hay siempre este trasfondo de riesgo, y nosotros no queremos asumir este riesgo. La mayoría de las veces nos conformamos con lo que ya somos, con lo que hemos hecho de nosotros mismos. Nos conformamos con la persona que hemos forjado o construido; nos conformamos con nuestra propia imagen porque tenemos miedo de ser recreados a imagen de Dios. Esta falla en responder a las intimaciones a la vida, esta falta de fe, es lo que se llama pecado

Todo esto no es más que una de tantas maneras de hablar de la condición humana. Estoy seguro de que habrá otras y la Biblia presenta muchas más, pero todas ellas son imágenes reconocibles de la misma contradicción o paradoja que se halla en el corazón de nuestra forma de ser humanos. Nuestros mejores talentos y fuerzas creadoras se vuelven contra nosotros para destruirnos, a no ser que estén al servicio del amor, a no ser que los usemos en obediencia a este llamado misterioso a trascendernos. No podemos vivir sin amar y, con todo, nos atemori-

za el poder destructor y creador del amor. Todos necesitamos y queremos profundamente ser amados y amar y, con todo, cuando esto ocurre nos parece una amenaza, porque se nos pide entregarnos nosotros mismos, abandonar nuestro yo; y por eso, cuando nos encontramos con el amor lo matamos.

No siempre es así, por supuesto; no podría haber ninguna comunidad en absoluto sin que hubiera cierta amistad; pero seguimos incómodos con ello, y el amor tiene que esconderse si es que ha de sobrevivir. Cuando el amor aparece tal cual al desnudo, entonces es cuando resulta más vulnerable; y esta es la razón por la cual crucificamos a Cristo. Jesús fue el primer ser humano que no tuvo miedo de amar en absoluto; el primero que no tuvo miedo de ser humano.



Jesús no tuvo miedo de ser humano porque vio su humanidad sencillamente como un don de aquel a quien llamaba 'el Padre'. Se podría decir que, en la medida en que fue viviendo y explorando gradualmente dentro de sí, en que iba preguntando no sólo, '¿quién dice la gente que soy yo?', sino, '¿quién digo yo que soy yo?', Jesús no encontró otra cosa sino el amor del Padre. Esto es lo que le dio todo el sentido a su vida – el amor que es el fundamento último y el sentido del universo. Comoquiera que se hubiese planteado él estas cosas (y de esto no sabemos nada), Jesús se vio a sí mismo sencillamente como una expresión del amor que es el Padre y en el cual el Padre tiene sus delicias. Su vida toda y su muerte fueron una respuesta en el amor y la obediencia al don de ser humano, un acto de gratitud y aprecio por el don de ser humano.

La Iglesia, al parecer, comenzó como una comunidad de hombres y mujeres que experimentaron lo que reconocieron como una participación en el gozo del Padre al expresar el amor que es él mismo, su gozo en su amado hijo en quien tiene todas sus complacencias. Tal vez fue en la comunidad de Juan donde por primera vez reconocieron que este espíritu

que habían recibido era el Espíritu *divino*, el gozo eterno de Dios, y que con ello venía también el reconocimiento de que Jesús, por quien habían recibido el Espíritu, era la expresión *divina* eterna del amor de Dios, su Palabra. De esto fue de donde nació la doctrina de la Trinidad, la forma como la Iglesia conserva la tremenda verdad de que el Espíritu que hemos recibido del Padre, por la vida, muerte y resurrección de su hijo Jesús, no es un don creado, una perfección de nuestra vida humana, sino nada menos que la propia vida de Dios.

Si somos afortunados, sabremos más o menos lo que es ser consciente de ser amado. Conoceremos la libertad, el gozo y la placidez que esto nos depara. Veo que la autoconsciencia de Jesús es algo así como esto: en la medida en que fue creciendo, su autopercepción también creciente debe haber sido el percatarse de que era amado – es esto, ciertamente, lo que conformó su noción del Padre. Se podría decir que toda su enseñanza venía a cristalizar en esto: que el Padre le amaba y que sus discípulos, quienes creyeron en él, eran invitados a tener parte en su amor mutuo. Es en verdad notable que en ningún lugar del Nuevo Testamento se dice que Jesús tuviera fe; es presentado siempre como alguien en quien y por quien *nosotros* tenemos fe en el amor del Padre; su vida es la vida en la cual tenemos parte por la fe. No se trata de una aseveración psicológica acerca de *cómo* era Jesús consciente del amor del Padre – ningún documento del Nuevo Testamento muestra interés por este tipo de pregunta. Se trata de una aseveración teológica acerca de la manera como Jesús está en relación con nosotros – no como alguien que es divinizado sino como alguien en quien nosotros somos divinizados, llevados a tener parte en la vida y el amor del Padre.

Esta firme certeza de ser amado por el Padre, esta confianza absoluta en su misión y su mensaje, es claramente lo que da cuenta de su 'autoridad' – lo cual no significa que anduviera dando órdenes a la gente sino que él era el *autor* de lo que decía. El mensaje que recibe del Padre es su propio mensaje. Habló no como alguien que es fiel a la alianza sino como alguien que es la proclamación renovada de la alianza. Y esto, como he dicho, es lo que sacudió y amenazó a las clases dirigentes religiosas y por lo mismo a las políticas.

Esta amenaza que Jesús representó para la iglesia establecida y el poder colonial es el signo histórico de la amenaza que representa para cada individuo y para toda sociedad humana y sus clases dirigentes. La reacción frente a esta amenaza por medio de la crucifixión fue sólo el aspecto público de la reacción que llamamos pecado. Toda sociedad humana es un esfuerzo humano por crear el amor, por buscar alguna forma de vivir en amistad; porque nosotros tenemos vida al compartir una vida en símbolos y me-

dante símbolos, a través de la comunicación. Pero todas las estructuras de comunicación que desarrollamos se transforman al paso del tiempo con una fatalidad terrible en estructuras de dominación – no son ya una manera de compartir la vida con otros sino de arrebatar la vida a los demás. A fin de cuentas, toda sociedad humana acaba por ser estructurada por la violencia. Nosotros vivimos en el orden capitalista, tal vez la sociedad más violenta en gran escala que la historia ha conocido, la sociedad que ha inventado y producido medios para matar en una escala inimaginable – hasta para destruir a toda la raza humana; pero el asesinato real, el derramamiento de sangre, es tan sólo la culminación de la permanente ruina de la vida, la explotación de las vidas de los demás. Una sociedad en la cual algunas personas viven aplastando poco a poco la vida de la mayoría está destinada a estallar de vez en cuando en asesinatos masivos. Pero aun prescindiendo totalmente de la guerra, que tiene en todo caso su propia función en nuestra economía, nuestra sociedad depende en última instancia de la violencia y del temor a la violencia, depende de policías, torturas y cárceles al interior de los países y de amenazas nucleares entre países. La sociedad en la cual Jesús vivió no era en principio muy diferente. Por ser una sociedad menos sofisticada técnicamente, carecía de la maquinaria para la violencia que nosotros hemos perfeccionado. Supongo que la crucifixión podría verse como una muerte relativamente dulce en comparación con las cosas que están padeciendo algunas personas que viven bajo dictaduras militares mientras escribo esto; pero considero que el poder colonial prefería la crucifixión especialmente por su valor simbólico, por lo que expresaba. Era esencialmente una muerte en el desamparo público. Si alguien se rebelaba contra el poder de Roma o si como esclavo se rebelaba contra los ricos, sus amos, ese tal era atado o clavado a un palo, y ahí quedaba para que todo el mundo lo viera morir de dolor, calambres, sed y agotamiento. Si alguien tenía suerte, como Jesús, y lo azotaban antes con látigos de metal, perdía sangre y moría más rápidamente. Moría notablemente más pronto de hecho; a algunos les tomó días, retorciéndose en un dolor continuo sin poder hacer nada, como un símbolo de muerte en vida del poder y la dominación de los jefes.

Se acepta generalmente en nuestros días que, a pesar de la forma de su ejecución, Jesús no fue un subversivo político en el sentido ordinario. No se sintió atraído por los nacionalistas que luchaban por la libertad o los terroristas que hemos llegado a conocer como los zelotas, aunque varios de ellos fueron atraídos por Jesús y se convirtieron en sus seguidores. Pero la fuerza de ocupación consideró con toda razón que era un peligro porque, viendo la muchedumbre de sus seguidores y la hostilidad que había

entre él y el poderoso grupo de los sacerdotes (especialmente después de su demostración desestabilizadora en el Templo), Jesús era a todas luces una fuente de inestabilidad en una situación política ya de por sí sumamente tensa. Jesús, por lo que sabemos, no hizo nada que justificara una acción del poder colonial, pero tampoco estuvo dispuesto a abandonar su misión cuando vio a dónde lo llevaría. No fue un líder político que buscara directamente alterar las estructuras de poder, pero fue, y sabía que lo era, una figura con el suficiente peso político para ser condenado en un juicio. Hubo que deshacerse de él.

Así pues, mi tesis es que Jesús murió por ser humano. Su genuina humanidad significó que no levantó barreras ni defensas contra aquellos que amaba y que lo odiaban. Rehusó evadir lo que implica ser humano en nuestro mundo inhumano. Por eso, la cruz muestra lo que nuestro mundo realmente es, lo que hemos hecho de él. Es un mundo en el cual es peligroso, aun fatal, ser humano; un mundo estructurado por la violencia y el miedo. Lo que la cruz muestra es que, sea lo que fuere lo que puede estar mal en tal o cual sociedad, sea lo que fuere lo que puede ser mejorado por tal o cual cambio político o económico, hay algo que es un mal de raíz, que persiste a lo largo de la historia y en todo progreso: el rechazo al amor que expulsa al temor, el miedo al amor que expulsa al temor, el temor de que, sin el apoyo del terror al menos como recurso último, la sociedad humana y por ello la vida humana no pueden existir.

La cruz, por tanto, desenmascara o revela el pecado del mundo. En este sentido, la crucifixión de Jesús es el pecado arquetípico de la humanidad, la raíz y el significado de nuestro ‘pecado’ original, que consiste en la carencia de gracia y en la debilidad moral que padecemos no (ante todo) por cometer pecados, sino sencillamente por pertenecer a la especie humana y tener en ella nuestro origen, el animal que no ha llegado a asumir su nueva forma de animalidad. Esta distorsión en la condición humana es lo que santo Tomás llama la *materia*, la expresión psicológica, del pecado del mundo. Lo que da a esto su significación real (su *forma*) es el rechazo al amor de Dios, que quedó demostrado de la manera más patente en el asesinato de Jesús. Como lo sabemos perfectamente bien, aun habiendo sido liberados por la fe y el bautismo de la pecaminosidad del pecado original y habiendo pasado a ser hijos de Dios en Cristo, la distorsión psicológica en nuestra naturaleza humana permanece en nosotros hasta que hayamos sido restaurados en la resurrección. En la cruz, la enajenación de la humanidad es reconocida como pecado y, justo por esta razón, como algo que puede ser perdonado.

Desde un punto de vista, la cruz es el sacramento del pecado del mundo – es el pecado último que tuvo que ser inevitable por la clase de mundo que hemos

hecho. Desde otro punto de vista, es el sacramento del perdón, porque es el signo por excelencia del amor de Dios por nosotros.

En un sentido muy importante, el Padre sólo puede amar al Hijo porque solamente en el Hijo encuentra a un igual a quien amar. Puede ser amable y considerado para con sus criaturas en cuanto tales, puede derramar dones y bendiciones sobre ellas, pero en tanto sean meramente sus criaturas no puede darse él mismo, entregarse a ellas en el amor. Ésta es la razón por la cual una teoría unitaria, o una teoría arriana que disminuye la divinidad de Cristo, nos deja con nuestra única imagen de Dios, la de un jefe supremo. Nos quedamos, en última instancia, con una suerte de relación amo/esclavo entre Dios y sus criaturas. En cierto sentido, nos quedamos con un Dios infantil, que no ha madurado lo suficiente como para haber aprendido a entregarse él en el amor. Un Dios así puede ser un jefe amable e indulgente, pero sigue siendo un amo de esclavos – aunque se trate de esclavos bien tratados. Considero que el ateísmo moderno desde Nietzsche es un rechazo a la idea de que la verdad más profunda acerca de la humanidad es que somos esclavos.

Pero si, en conformidad con el cristianismo tradicional, tomamos en serio la Trinidad, entonces también nosotros tenemos que rechazar esta idea. Para la tradición cristiana, la verdad más profunda acerca de la gente es que es amada. Pero esto sólo es posible porque hemos sido llevados a tener parte en el amor que Dios tiene por su Hijo; Dios nos ama porque somos en Cristo y tenemos parte en su Espíritu. Hemos sido llevados a tener parte en la vida de amor entre iguales, que es la Divinidad.

Hemos sido sepultados, pues, con Cristo por el bautismo en la muerte, de modo que, como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, también nosotros caminemos en novedad de vida; no sólo una novedad de la vida humana, sino la vida nueva que consiste en tener parte en la divinidad: haber recibido el Espíritu Santo. El amor de Dios por nosotros se expresa, por tanto, y viene a ser posible por el Hijo que se hace hombre, pero la expresión suprema de su humanidad en un mundo como el nuestro es la cruz. La cruz es el signo de que Jesús es el primero en ser realmente humano, el primero que vive y muere únicamente por amor. Por esta razón la cruz, al tiempo que desenmascara nuestra pecaminosidad, es también el signo de nuestro perdón, el signo de que el Padre nos acepta incondicionalmente, aun siendo pecadores. Que seamos o no pecadores es algo que Dios no tiene en cuenta, su amor viene a nosotros de todas maneras; pero, por ser nosotros pecadores, comienza así el proceso difícil y penoso de transformarnos en santos.

En la Cuestión 48 de la *Tertia Pars*, santo Tomás da cabida a toda una variedad de maneras de ver lo

que ahora llamamos ‘expiación’: la muerte de Cristo es una especie de sacrificio, una especie de redención, una especie de satisfacción por el pecado, etc. De manera notable, da cabida a toda suerte de interpretaciones donde otros han quedado hipnotizados por uno u otro modelo. Pero en todos los casos, santo Tomás encuentra la razón última de la expiación en la obediencia amorosa del hombre Jesús. Insiste reiteradamente que Jesús como hombre es quien realiza la obra de nuestra salvación, al actuar, por supuesto, mediante la gracia de Dios y al actuar como el instrumento de Dios, pero su actuación es siempre la de un ser humano, un santo. Esta obediencia amorosa que Jesús despliega finalmente en la cruz es lo que le lleva merecer su resurrección y la salvación de sus seguidores. Nosotros no somos salvados por la intervención de un dios, sino por la inmensa santidad de uno de nosotros, una santidad tan inmensa que su oración por nosotros hubo de ser escuchada.

Porque la cruz es una oración y, por cierto, la única oración conocida por los cristianos. Todas nuestras oraciones son oraciones únicamente porque son parte de la oración de la cruz, el intercambio entre Jesús y el Padre, en el cual Jesús ofreció toda su vida al Padre y el Padre lo resucitó de entre los muertos.

En la cruz, Jesús se entregó al fin totalmente al Padre. Todo el trabajo de su vida había terminado en un fracaso. Al comienzo todo se veía con optimismo: las muchedumbres se congregaban para escuchar todas esas bellas cosas que necesitaban escuchar y que recibían con mucho entusiasmo, pero ahora todo eso se había derrumbado. Sus seguidores lo habían abandonado, el más preclaro de ellos lo había negado, él había sido arrestado y condenado, las muchedumbres que antes lo habían escuchado ahora vociferaban, ‘¡Crucifícalo, crucifícalo!’. Todos los esfuerzos por formar una pequeña comunidad de amigos basada en él mismo y, por su medio, en el amor del Padre, una comunidad en la que la gente pudiera relacionarse entre sí en el amor y el perdón recíproco en vez de la dominación y el sometimiento, habían sido un completo fracaso. Sin embargo, su misión no consistía en ser un líder de este mundo, sino en ser tan sólo humano y aceptar lo que implica ser humano, lo cual culminó en una derrota. Jesús acepta su fracaso y rehusa transigir en su misión valiéndose de las armas del mundo contra el mundo. La misión viene de su Padre y toca al Padre realizar sus propios propósitos contando con el fracaso de Jesús. Jesús sabe que no vivirá para establecer el Reino. No transformó el mundo; la sociedad colonial siguió como estaba; las mismas amarguras, mezquindades y aversiones de todo tipo siguieron como antes. Al morir en la cruz, Jesús entregó todo el significado de su vida humana al Padre; ésta es su oración. El Padre no ha logrado que su voluntad se cumpla a través de ningún éxito

de Jesús; Jesús no queda con nada más que su amor y su obediencia, y ésta es su oración al Padre, que él actúe través de su fracaso.

Y la respuesta a esa oración es, por supuesto, la resurrección, cuando el Padre, por medio de Cristo muerto pero resucitado, *cumple* su querer amoroso para con todas las criaturas humanas. Por medio de Cristo resucitado, el Espíritu es derramado en todos los hombres o, dicho de otra manera, la relación entre Jesús y el Padre, entre el Hijo y el Padre, se extiende a todos la humanidad.

Antes de su muerte, Jesús había tratado, pero fue al fin en vano, de comunicar el Espíritu de amor a un pequeño grupo de discípulos; ahora por medio de él, el Padre derrama el Espíritu en el mundo entero; por ello, el mundo habrá de ser transformado en una comunidad de amor, el Reino de Dios.

La oración cristiana no es jamás la mera súplica de la criatura al creador. La cruz y la resurrección son el diálogo eterno de Padre e Hijo en cuanto

proyectado en la pantalla de la historia, tal como aparece en la historia. Si quieres saberlo, la Trinidad aparece como un rebosar de Espíritu Santo, contéplalo si no en la cruz. La Trinidad, cuando es reflejada en nuestra historia, es como algo que se refleja en aguas turbias, aparece en forma extraña, igual que el ser humano en nuestra historia aparece de manera muy extraña, despreciado y crucificado: *Ecce homo*.

Toda nuestra oración es alguna forma de tener parte en ese diálogo eterno, el intercambio representado por la cruz: ésta es la única oración que existe. La Eucaristía es, naturalmente, el principal sacramento del Calvario, pero todas nuestras oraciones son alguna forma de participación en la voz humana del Hijo de Dios que habla a su Padre. Al tener parte en esta oración sacrificial es como entramos en nuestra propia vida divina y tenemos nuestra parte en el misterio de la Trinidad. Diré algo más sobre esto cuando veamos los misterios de la resurrección, los misterios de la Noche Pascual.

